

Santo Piazzese

## Asesinato en el Jardín Botánico

Traducción del italiano  
de Pepa Linares

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

# Índice

I		
Siroco		13
II		
Raffaele		47
III		
Escenas de un funeral		78
IV		
Darline		90
V		
Quien bebe cerveza...		129
VI		
Don Mimì		165
VII		
Los últimos fuegos		181
VIII		
Siroco		206

*A Olimpia*

Los personajes, los hechos y las situaciones de este relato son completamente imaginarios, con la salvedad del persistente cierre del Teatro Massimo.

# I

## Siroco

... *le Breton, le Breton...* ¿no fue él quien dijo que una historia bien ordenada debería comenzar por el nacimiento del protagonista? En mi caso, olvidadlo. No solo porque no está claro que yo sea el protagonista de esta historia, sino también por evitar sobresaltos a una o dos personas que temen la parte del cuaderno de bitácora que he escrito después de cargar con zumo de limón mi pluma Omas, que me regalaron en la Confirmación. Si necesitáis un protagonista, bueno, digamos que lo es el tiempo, entendido como *weather, of course*. Ante todo porque soy un «meteorópata» terminal. Pero también porque, en definitiva, la historia comienza con una ráfaga de siroco, que es a la vez la parte dramática y la parte cómica del tiempo atmosférico. ¿O es que Dios, al insuflar la vida en el Adán de barro, no la sopló desde el sureste? Así que el siroco nació antes que Adán. El Génesis no lo menciona: era demasiado evidente.

Y si no lo entendéis al atardecer, cuando el aire está sereno, ni frío ni caliente, y se os pone de punta el vello de los brazos, que hasta parece que crepita; si no atendéis a los ruidos que os llegan desde más lejos; si no os dice nada el color violeta de las montañas y el oro que gotea de las piedras de la catedral; si os dan igual las andanadas de rojo rubí que os dispara el sol por detrás de las agujas de San Domenico; si por tanto no comprendéis que está acercándose, eso quiere decir que sois forasteros. No es grave. Vosotros no tenéis la culpa. Cada cual vive donde puede. Pero el día siguiente será para vosotros la hoguera, el infierno, el apocalipsis. El siroco africano os golpeará con dureza. No os dará un respiro.

Yo he nacido aquí. También vivo aquí, está claro. Sin embargo, aquel domingo por la tarde debía de tener la cabeza perdida quién sabe dónde. De otro modo, una vez olfateado el aire, me habría largado directamente al campo, a casa de mi hermana, donde soy

huésped permanente cada vez que se me va la olla. Y el sábado por la mañana no me habría metido en el coche — ¡a sesenta grados, lo garantizo! — para encerrarme en aquel agujero de departamento con el propósito de enderezarle las piernas a un trabajo que no iba a ninguna parte. Y mejor habría sido. Para mí, quiero decir. Desde luego no para el pobre Raffaele Montalbani, ya más que muerto y balanceándose del ficus antes de que yo llegara.

Sin embargo, aquí estoy, con el cerebro asfaltado de alquitrán, boqueando y yendo y viniendo entre la máquina del hielo y mi despacho del Jardín Botánico Municipal, cruz y delicia de este Departamento de Bioquímica Aplicada de la universidad de esta nuestra felicísima ciudad de Palermo que todo lo tritura, lo absorbe, lo metaboliza.

Cuando sopla el siroco se oye al león. No, no son las voces de la sabana que llegan desde las costas de África empujadas por el viento del sur. No exageremos. El hecho es que al fondo del Jardín, en el borde sur, justo debajo de la tapia, hay una jaula con un león dentro. Un león viejo y extenuado que no ha visto África ni en pintura. Estoy seguro de que lo metieron en una jaula sobre todo para protegerlo a él del mundo exterior, y no viceversa. Vaya usted a saber qué se le pasa por la cabeza con el siroco. Quizá también pierda la chaveta, como todos. O puede que solo él note los olores que el viento trae consigo de África, y que el Mediterráneo no consigue disipar del todo. Tanto si es por eso como si se debe a una alquimia genética que se me escapa, sucede que cuando sopla el siroco el león ruge que es un gusto. Y si os acercáis a las ventanas y miráis las washingtonias que sobresalen y ondean por encima de las chorisias y los setos de mirto, la ilusión de estar en África es total. Ya sé que en la sabana no se encuentran washingtonias ni a la venta, pero lo que cuenta es la ilusión. Especialmente para mí, que jamás he estado en África.

Por eso aquella mañana, al primer rugido, me encontré mirando fuera con la nariz pegada al cristal, y murmurando esa palabra de siete letras que todo siciliano que se precie balbucea, grita, susurra y eufemiza unas cien veces al día. Y que es lo mínimo que se puede murmurar a la vista de un ahorcado oscilante en la bisectriz sureste-noroeste, donde normalmente no se vería más que ramaje.

Y no es que yo reconociera enseguida a Raffaele. De hecho supe que era él bastante después. ¿Qué queréis? Soy miope — un verdadero topo —, además, según los últimos boletines, en ese momento

él debería encontrarse en algún lugar entre los Estados Unidos y Canadá.

Para ser sincero, ni siquiera habría podido afirmar bajo juramento la naturaleza humana de lo que veía: de mis ventanas al ficus hay unos doscientos metros. Y la visión no está del todo libre. Si me di cuenta de que pasaba algo raro fue gracias al siroco, que apartaba a trechos las ramas y abría horizontes de otro modo inaccesibles a la vista.

Por eso nadie se dio cuenta de nada antes que yo. Por eso y por la escasa concurrencia de otros locos que, como yo mismo, pasaban un sábado por la mañana de principios de junio, con cuarenta y dos grados a la sombra, divirtiéndose en los institutos de Via Charlie Marx en busca de nueces para nuestro ruido.

Buscad Via Charlie Marx en el callejero. Jamás la encontraréis. ¡Imagínate, en Palermo! Forma parte de la herencia del sesenta y ocho. Aunque, a decir verdad, el sesenta y ocho nos llegó un poco retrasado. Pero fue una leche, igual. Oficialmente la calle se llama Via Medina-Sidonia: así puede descifrarse aún hoy la placa situada debajo del letrero Via Charlie Marx garrapateado a golpe de pintura roja durante las revueltas del setenta y uno.

Recuerdo todavía la cara y el comentario de Ruggero Montalbani, profesor y caballero de los de antes, con chaqueta cruzada en color humo de Londres y algún que otro decilitro de sangre azul en circulación, cuando se enteró de la afrenta:

— ¡Valiente final para el duque de Medina-Sidonia!

Montalbani es el padre de Raffaele. O lo era, puesto que murió ya hace muchos años.

El muerto de ahora, el ahorcado, continuaba columpiándose delante de mis ojos. ¿Pero era de verdad lo que parecía? ¿Cómo se anuncia que hay un muerto si luego se descubre que solo se trataba de una bayeta colgada?

A pesar del siroco, mis reflejos funcionaban todavía discretamente. Pocos segundos de concentración y pensé en Cannarozzo. Vive dentro del Jardín, en una vieja construcción utilizada en otros tiempos para guardar las herramientas y luego adaptada a sus necesidades. Cannarozzo tiene más de setenta años, pero deberías verlo cuando trepa a los árboles para la poda. Es una verdadera institución. No hay estudiante que no haya pasado por sus manos para identificar las plantas silvestres. Y, en términos menos metafóricos, se dice que muchos eran de sexo femenino. Ahora está jubilado, pero en consideración a su medio siglo de trabajo en el Jardín

se le ha mantenido oficiosamente el disfrute de la casa. La verdad es que aún hoy no se puede prescindir de él. Puede decirse que no sale jamás de allí. Lo que no se comprende es cómo demonios consigue los animales que embalsama personalmente y que llenan su casa. La última vez que pude echar una ojeada, había una lechuza nueva. Yo creo que sale de caza al Jardín por la noche. Escopeta tiene, lo sé. Una vez incluso le conseguí el plomo para los cartuchos, que se prepara él mismo porque dispone de su propia receta.

Cogí el teléfono y marqué el número.

—Dígame.

—Oiga, don Mimì, ¿molesto?

—Ah, La Marca, ¿eres tú? ¿Qué quieres con este calor?

—Mire, don Mimì, me parece que hay movimiento donde el ficus, el grande. Veo incluso humo...

—¡Sangre de...! —Don Mimì ha leído el *Don Gesualdo*<sup>1</sup>.

—Puede que convenga echar una ojeada de cerca...

—¡Ya me ocupo yo!

Colgué y volví a la ventana. Me perdoné a mí mismo la mentira. Era la única idea que se me había ocurrido para convencer a don Mimì de que saliera de casa con aquel calor.

Encendí un Camel. No fumo muchos, uno de vez en cuando. Con mayor frecuencia si estoy nervioso. Esta vez el cigarrillo venía a cuento. Cinco o seis bocanadas y allí estaba don Mimì. Sesenta kilos escasos de furor enjuto, incluida la gorra, disparados como una bala de fusil por los paseos hacia la zona del ficus.

A cincuenta metros del árbol se detuvo en seco. Había visto al muerto, o lo que fuera. Volvió a moverse con más lentitud, receloso. Pocos pasos y se paró de nuevo. De improvisó echó a correr. Lo perdí de vista y luego lo vi aparecer justo delante del ahorcado. Ya no cabía duda: lo vi llevarse las manos al pelo por debajo de la gorra. Y eso me bastó.

Agarré el teléfono, llamé a la jefatura de policía y pregunté por Vittorio Spotorno, mi amigo madero.

Si creéis que solo porque nos hallamos en estas latitudes uno se limita a llamar a la policía, comunicar que hay un muerto, colgar el auricular y amén, os equivocáis de medio a medio. Especialmente si uno es un exsesentayochista culto, inteligente, refinado,

<sup>1</sup> *Maestro, don Gesualdo*, novela de Giovanni Verga (1840-1922). (*Todas las notas son de la traductora*).

irónico y consciente. (¿Qué os parece como autorretrato? Añadid que cuando me da la luz de cierta forma parezco casi guapo, como dice de sí mismo Peter O'Toole en *¿Qué tal, Pussycat?* El cine es una de mis manías. Pero O'Toole es rubio, mientras que yo soy oscuro como un demonio. Esto lo digo para vuestra información).

Al comisario Spotorno lo conozco desde los tiempos de la universidad, cuando yo estudiaba Biología y a él le salían los dientes en la Facultad de Derecho, entonces ni siquiera rozada por la sospecha de ventoleras contestatarias. Vittorio, como gran empollón que era, no se perdía jamás una clase o un examen. Todo dieces, naturalmente. Nuestro recíproco conocimiento y nuestra amistad recíproca comenzaron de la manera más casual: una mañana nos encontramos uno al lado del otro corriendo un *slalom* entre las columnas del vestíbulo de la Universidad Central, seguidos por una media docena de fachas. Alas en los pies contra bates en la mano. Aunque aquellos, bateadores no eran.

Un dicho local, muy sabio, que brindo traducido a la lengua que tenemos en común, proclama que la huida es vergüenza pero también salvación de la vida. Y así fue. Lo mejor es que Spotorno no tenía nada que ver. En cambio yo, debo admitirlo, había causado alguna leve molestia a mis buenos camaradas los fachas, al darles su merecido, en mi calidad de testigo de cargo, en un par de procesos por varias agresioncillas. Y luego dicen que los sicilianos practicamos la ley del silencio. Por poco no intentan zurrarme también los míos, que me acusaban de perseguir con una excesiva falta de escrúpulos la vía judicial para derribar el estado burgués. Y hasta puede que tuvieran razón. Aunque ahora... Pero nada de polémicas, ¡por favor! Lo que cuenta es que aquella huida victoriosa nos hermanó para siempre (¡despacio!, digamos hasta ahora).

Cuando llamé a jefatura no estaba seguro de encontrarlo, pero en la centralita me lo pasaron enseguida.

—Spotorno.

—¿Vittorio? Soy Lorenzo.

—¿Te ha caducado el pasaporte?

—Nada de pasaporte, Vittò, aquí hay un muerto.

—¿Qué muerto? ¿Dónde?

—¡Y yo qué sé qué muerto! Por lo que veo desde aquí sigue colgado del árbol.

—Pero ¿de qué árbol hablas? ¿Se te ha ido la cabeza? ¿Desde dónde llamas?

—¿Dónde quieres que esté? En mi despacho. Eso yo, porque él está fuera, muerto, aunque dentro del Jardín Botánico. ¿Es que hablo en turco?

—Está bien, cálmate un poco y dime adónde tengo que ir exactamente.

Se lo expliqué todo con más calma y le dije que lo esperaría delante de la verja. Eché otra ojeada fuera. Don Mimì había desaparecido. Bajé y esperé. El siroco arreciaba.

Tardaron siete minutos. Milagros del calor, que había reducido el tráfico a la mitad, y de las sirenas, que eliminan los semáforos. Llegaron en un Alfetta marrón. Todavía no habían frenado cuando Spotorno ya estaba en el suelo, precedido de la habitual aureola de aburrida eficiencia y seguido por un par de agentes. Caracoleó en dirección a mí con su típico traje maderil de lino marrón, los andares de quien sortea una dificultad o cuida de sus callos, y el descarnador afeitado *extrastrong* en la cara.

Debo confesar que no tengo ni idea del puesto que ocupa en la jerarquía de los maderos. Y no porque vaya siempre de paisano, ya sé que es comisario. Lo que no sé es si un comisario es más o menos que un inspector, un viceinspector o un superintendente. Para mí, los grados son chino. He eludido el servicio militar con satisfacción recíproca —mía y de la Patria—, y, además, cultivo gozosamente una idiosincrasia congénita contra todo lo que es formal, burocrático, jerárquico, numerado, catalogado, archivado, encasillado, empolvado, descafeinado o solo aburrido.

A Vittorio siempre lo he oído llamar «doctor Spotorno», a la italiana. Y sé que es querido y respetado, y no solo en el ambiente maderil. Sin embargo, el hecho de que se molestara personalmente por un asuntillo semejante no se correspondía con la idea que tenemos de un pez gordo. Tal vez era un día flojo en la capital del delito.

—A ver, ¿dónde está ese muerto?

Señalé vagamente con la mano en dirección al Jardín.

—Vamos.

Cruzamos las verjas y lo guie a paso veloz hacia el sitio. La guarda no nos hizo caso. Estábamos en pleno horario de apertura y la entrada es libre y salvaje. No había ni un alma. De camino le hice a Vittorio un breve resumen cronológico de los hechos, lo cual era muy poca cosa. Casi habíamos llegado al ficus, cuando vi a don Mimì venir desde la parte opuesta arrastrando una escalera de madera de las de jardinero. Bien hecho. Oiría la sirena y habría

decidido intervenir anticipadamente. Al fin y al cabo, le iba a tocar a él.

Spotorno también lo había visto:

—¿Tú quién eres?

Es de esas cosas que me dejan de piedra. ¿Qué hace un individuo que en su juventud fue la discreción, la bonhomía, la amabilidad y la templanza personificadas para transformarse en un Mister Hyde desconfiado y grosero que trata de tú a un pobre viejo inerme? De acuerdo, don Mimì no estaba inerme en absoluto, pero Vittorio no podía saberlo. Añadid que, cuando yo lo conocí, el futuro comisario Spotorno, actual joya de los aparatos investigadores locales, tenía incluso una cierta dificultad para pronunciar la erre. Y como era un poco misógino, algunas lenguas venenosas insinuaban que la cosa de su dificultad no quedaba en las erres. Poco después de obtener la licenciatura, de un solo golpe, perdió la erre aquella y encontró mujer. Y no conozco a nadie tan temerario como para poner en duda la legitimidad biológica de los dos parecidísimos herederos que tiene.

Don Mimì, en aquella circunstancia, no fue menos.

—Domenico Cannarozzo, hijo de Onofrio. Y no hemos hecho la mili juntos —replicó con sequedad.

Sesenta kilos escasos de dignidad ofendida. Don Mimì no se deja pisar por nadie. Spotorno captó el mensaje y pasó al usted, pero sin renunciar a los modales expeditivos.

—Póngase ahí y no toque nada. Y esté preparado para la deposición.

—¿Qué deposición? ¿Qué tengo que depositar? ¿Me ha tomado por un pato? ¿O por una gallina?

Por lo general, don Mimì se expresa en perfecta lengua vernácula panormitana, pero cuando quiere sabe ser seco, tajante y eficaz incluso en un italiano aceptable, fruto de las innumerables frecuentaciones académicas padecidas en el curso del último siglo. Apoyó la escalera en el ficus y me lanzó una miradaláser.

—Y tú, desgraciado...

El desgraciado era yo. Spotorno lo mandó callar.

—Ya está bien, Cannarozzo.

Vittorio tomó nota de que el muerto estaba muerto y de que desde ese punto de vista no había nada que hacer. Mandó a uno de sus hombres que avisara por radio a quien correspondiera para «activar la máquina de la investigación». ¡Imagínate! Por poco me muero de risa. ¡Y mira qué confianza! Mi aviso de que había un muerto no le

había bastado para traer consigo lo que necesitara para activarla, etc. Ahora había que esperar a los de la Científica, al juez, al forense y vaya usted a saber, a lo mejor hasta al enterrador con la caja de pino basto. Mientras tanto, él, mi amigo Spotorno, se guardaba muy mucho de ensuciarse las manos con la más elemental de las operaciones policiales. Todos sabemos lo que hay que hacer. Lo hemos visto y leído en millones de películas y de libros del género policiaco. Por lo general, el poli de turno mete la mano en los bolsillos del muerto y saca el carné de identidad, unas cajitas de cerillas con milagrosos números de teléfono garabateados, unos recibos de consignas de estación o unos billetes de tranvía usados, de los cuales el detective Philo Vance deduce que el muerto tiene una hijastra coja y embarazada de un puertorriqueño miope. Se lo dije a Vittorio. Pasó de mí por completo.

Sin embargo, me soltó a quemarropa.

—¿Lo conoces?

¡Qué caray! ¿Es que si lo hubiera reconocido me habría callado?

No obstante, debo admitir que no había echado más que una ojeada de refilón al ahorcado y que puse mucho cuidado en no mirarlo a la cara. Operación que después de la salida de Vittorio no pude continuar eludiendo.

Ya sé que es difícil de creer, pero es así. Podría jurarlo sobre la cabeza de los hijos de quien queráis: no lo reconocí tampoco en aquel momento. Vittorio no para de echármelo en cara todavía hoy, cada vez que puede. Me habría gustado verlo en mi puesto, si como yo hubiera conocido a Raffaele en sus buenos tiempos.

Tómese un espantapájaros fabricado en economía de escala y con materiales de desecho; añádase una melena negra, descuidada, y una barba *en pendant*, y revístase con los fondos de un almacén que sobraron del último envío de la Sociedad de San Vincenzo a los damnificados del terremoto de Mesina: ese era el Raffaele Montalbani que yo conocía. Cuando estaba vivo, habríais podido confundirlo con uno de aquellos psicoanalistas salvajes que estuvieron de moda hace unos años.

¿Qué tenía él que ver con este otro, que, por muy muerto que estuviera, tenía su estilo, empezando por la punta de las Timberland de color cuero suspendidas a medio metro de altura y acabando por las Ray-Ban que lanzaban reflejos desde el bolsillo de una camisa, deportiva sí, pero de corte discreto, un metro y medio más arriba?

Por no hablar de la cara. ¿Habéis visto alguna vez un muerto colgado? Yo hasta ese momento no. Pero puedo garantizaros que

imagino una larga lista de cosas preferibles para mi gusto. No tengo ninguna inclinación particular por los cutis grisáceos, las lenguas hinchadas y colgantes o los ojos casi fuera de las órbitas. Tampoco sé si son características comunes a todos los ahorcados, o si el ahorcado concreto que yo tenía delante representaba la excepción, porque el tiempo que dediqué a ese examen somero se midió en nanosegundos.

Además, ¿dónde estaban la barbona y la melena salvaje que, a falta de algo mejor, habrían podido inducirme por lo menos a echar una segunda ojeada disipadora de dudas? El desconocido no tenía más que la sombra azulada de una barba de dos días sin afeitarse, y, para complicarme aún más la vida, lucía un corte de pelo estilo marine que el propio John Wayne no habría tenido reparo en patrocinar.

Lo único que yo había deducido de mi ojeada relámpago era que el muerto no se correspondía con nadie que temiera —o esperara— identificar como tal. Y no hubo escalofríos premonitorios.

Entonces cómo se me puede condenar por que lo único que se me ocurrió responder a Spotorno fue que en toda mi vida había visto a ese individuo. Él, ya que estaba, repitió la pregunta a favor de don Mimì:

—¿Y usted lo conocía, Cannarozzo?

—¡Y quién lo ha visto nunca!

Cierto, don Mimì había dispuesto de más tiempo que yo para estudiar al difunto. Sin contar con que, en su condición de embalsamador diletante, no debería compartir mis melindres. Todavía hoy estoy seguro de que había reconocido a Raffaele en el muerto colgado. Es que don Mimì no se fía de nadie. Imagínate si se iba a fiar de un poli que no daba señales de respeto formal ni siquiera en territorio ajeno.

Spotorno registró la negativa y, después de dejar vigilando a otro de sus hombres, me pidió que lo siguiera hasta la entrada. Se detuvo delante de la portería. Al parecer, la guarda había oído la llamada del primer madero por radio. Se le veía en la cara, medio complacida y medio temerosa.

—¿Se llama usted? —atacó Vittorio.

—Nunzia Mazzara.

—¿Edad? —(¿Y a ti qué te importa, Spotorno?).

—Cuarenta y uno.

—¿Han entrado muchas personas hoy?

—Esta mañana no se ha visto a nadie. ¡Con este siroco!